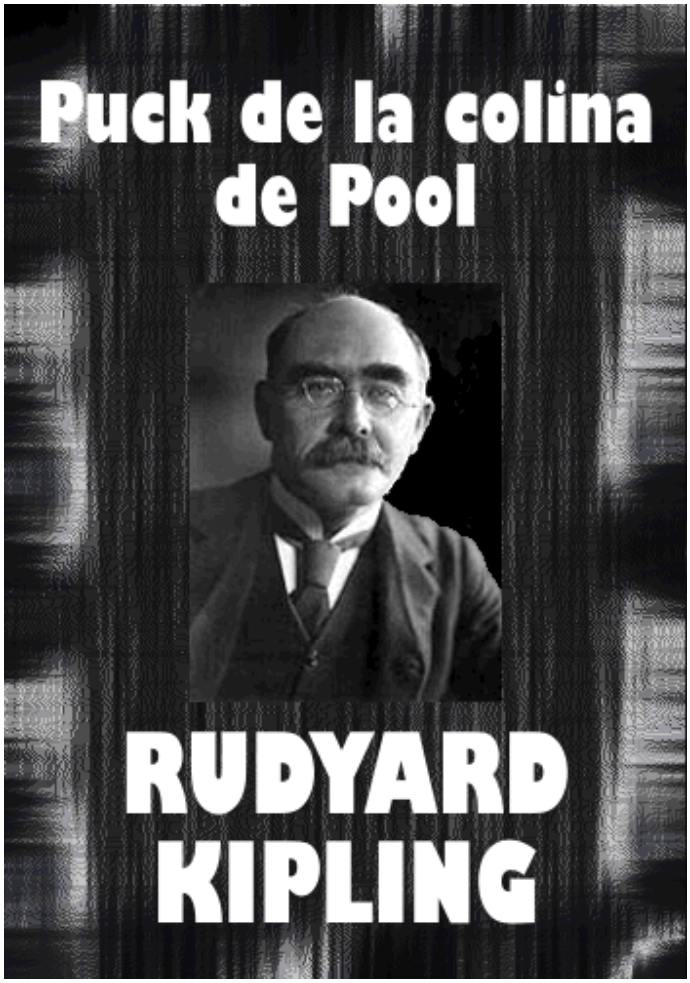
LIBRO dot.com

Puck de la colina de Pool

Rudyard Kipling



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

INDICE

La espada de Weland

Canción de Puck

Canción del árbol

Jóvenes en sus feudos

La canción de sir Richard

Los caballeros de la aventura maravillosa

Canción para arpa de las mujeres danesas

La canción de Thorkild

Los ancianos de Pevensey

Las runas de la espada de Weland

Un centurión de la trigésima

«Tronos, ciudades, honores»

Canción de la Britania romana

En la gran muralla

Una canción para Mitra

Los de los cascos alados

Una canción de los Pictos

Hal, el dibujante

«La tierra entera honra a los profetas»

Una canción de contrabandistas

Las emigrantes de Dymchurch

La canción del chico de las colmenas

Una canción para tres lugares

El tesoro y la ley

La canción del río Quinto

La canción de los niños

Apéndice

Vida y obra de Rudyard Kipling

Bibliografía

Capítulo I

La espada de Weland

CANCION DE PUCK

¿Ves esa irregular senda que corre

paralela a los surcos de los trigos?

Ahí fue donde emplazaron los cañones

que al rey Felipe hundieron los navíos.

¿Ves cómo gira el viejo molino,

movido por las aguas del riachuelo?

Moliendo grano su escote ha satisfecho

desde que el Domesday Book fue conocido.

¿Ves nuestros bosques de tranquilos robles

y las temidas charcas más allá?

En ellos sucumbieron los sajones

cuando Harold pasó a la eternidad.

¿Ves la llanura en vientos extendida

en donde pasta el buey de roja capa?

Fue la ciudad poblada y conocida

antes que Londres tuviese una casa.

¿Ves después de la lluvia los cimientos

de cisternas y tumbas funerarias?

Tal fue de las legiones campamento

cuando Cesar llegó desde las Galias.

¿Ves esa señal fulgente y pálida

como una sombra sobre nuestra tierra?

Son muros que trazó el hombre de piedra

en protección de sus ciudades mágicas.

Caminos, campos y ciudades idos,

viejas artes que cesan, paces, guerras,

páramos donde hoy nos crece el trigo:

así, de pronto, nos nació Inglaterra.

Sus tierras y sus aguas son> en fin,

con bosques y sus aíres aprendices

de los de Gramayre, la isla de Merlín;

donde tú y yo podemos ser felices.

La espada de Weland

Los niños estaban en el teatro representando ante las tres vacas todo lo que podían recordar del *Sueño de una noche de verano.* Su padre les había hecho un extracto de la larga comedia de Shakespeare y lo habían ensayado con él y con su madre hasta que lo aprendieron de memoria. Comenzaron cuando Nick Bottom, el tejedor, aparece entre los matorrales con una cabeza de asno sobre sus hombros y encuentra a Titania, reina de las hadas, dormida. Después pasaron a la escena en la que Bottom solicita de las tres pequeñas hadas que le rasquen la cabeza y le traigan miel y concluyeron cuando cae dormido en los brazos de Titania. Dan interpretaba los papeles de Puck y de Nick Bottom y también los de las tres hadas. Llevaba un gorro de trapo acabado en punta, para hacer de Puck, y una cabeza de asno de papel que se rasgaba si no se manejaba con cuidado, extraída del interior de un triquitraque navideño, para representar a Bottom. Una hacía de Titania, con una guirnalda de columbinas y una varita de digital.

El teatro estaba en la pradera conocida por el Gran Declive. Un pequeño canal que llevaba agua a un molino situado dos o tres campos más allá, ceñía uno de sus confines y en la mitad de la ladera había un amplio y espacioso circulo de hierba oscura que formaba el viejo escenario donde se reunían las hadas. Las orillas del canalillo molinero se cubrían con matojos espesos de sauce, de avellano y de bola de nieve y proporcionaban lugares adecuados para esperar, antes de que llegase el momento de aparecer en escena; y hasta una persona mayor que conocía los contornos, había afirmado que ni el mismo Shakespeare hubiese podido imaginar escenario más adecuado para representar su obra. Como es lógico, no se les permitía actuar la noche misma del solsticio de verano, pero sí les dejaban bajar la víspera, después del té, cuando las sombras comenzaban a caer. Llevaban consigo la cena: huevos duros, galletas *Bath Oliver* y un sobrecillo con sal. Las tres vacas habían sido ya ordeñadas y pastaban sin pausa, produciendo un rumor de hierba desgarrada que descendía a lo largo de la pradera; el ruido del molino sonaba como pies desnudos arrastrándose sobre una superficie endurecida y un cuclillo, posado en el portón de la valía, entonaba su cantar de junio "*cu-cu-cú"* mientras un martín pescador volaba desde el canal al río que corría al otro lado de 'a pradera. Todo lo demás se cubría de una especie de calma adormecida, espesa, con perfume a hierba seca.

La comedia discurría a la perfección. Dan recordaba todos los papeles: Puck, Bottom y las tres hadas, y Una no olvidó tampoco ni una sola palabra del de Titania, ni siquiera el difícil fragmento en el que cuenta a las hadas cómo alimentar a Bottom coz, «albaricoques, higos verdes y zarzamoras», ni los versos concluidos en «íes». Quedaron ambos tan satisfechos que repitieron la obra tres veces, de principio a fin, antes de sentarse en el Centro del círculo, limpio de matojos y de cardos, para tomar los huevos y las galletas *Bath Oliver*. Fue entonces cuando oyeron un silbido entre los alisos de la orilla y ambos se pusieron en pie de un salto.

La maleza se abrió. Y en el mismo lugar donde Dan había interpretado a Puck, descubrieron la presencia de un personaje menudo, de tez morena, amplias espaldas, orejas agudas, nariz achatada y ojos azules y oblicuos, que les dirigía una sonrisa que iluminaba su rostro pecoso. Se llevó una mano a la frente como si estuviese observando a Quince,

Librodot

Snout, Bottom y todos los demás, ensayando *Piramo y Tisbe***,** y con voz tan profunda como la de las tres vacas cuando pedían ser ordeñadas, comenzó:

¿Qué rústicos patanes son éstos que están charlando

tan cerca del lugar donde reposa la reina de las hadas...?

Se interrumpió, ahuecó la mano sobre un oído y con un guiño travieso, siguió recitando:

¡Cómo! ¿Van a representar una comedia?

Pues asistiré como espectador.

Y aún haré de actor si se presenta el caso...

Los niños le miraron boquiabiertos. Aquel pequeño ser - apenas llegaba al hombro de Dan -, avanzó en silencio hacia el centro del escenario:

- Estoy más bien falto de práctica - dijo -. Pero es ésta la manera como se debe interpretar mi papel.

Los niños siguieron mirándole, desde su sombrero azul marino, como la flor de las columbinas, hasta sus pies desnudos y vellosos. Al fin, rió:

- Por favor, no me miréis así. No es culpa mía haber aparecido. ¿ Qué otra cosa podíais esperar? - preguntó.

- No esperábamos nada - respondió Dan lentamente -. Esta pradera es nuestra.

-¿De verdad? - se extrañó el recién llegado, sentándose -. ¿ Entonces por qué razón habéis representado tres veces el *Sueño de una noche de verano,* en vísperas del solsticio, en mitad de un praderio y en una de las más viejas colinas de la vieja Inglaterra? Pook Hill - Puck Hill - Puck Hill - Pook Hill. Eso está más claro que la nariz que llevo en la cara.

Señaló las laderas cubiertas de helechales de Pook Hill que ascendían desde el canalillo hasta los tupidos bosques. Más allá del bosque el terreno seguía su ascensión hasta que, por fin, llegaba a la cumbre de la colina, donde estaban las ruinas de la torre de señales, desde la cual podían observarse las llanuras de Pevensey y las suaves ondulaciones de los Downs que concluían en el Canal.

- ¡Por todos los robles, fresnos y espinos...! - exclamó el recién llegado, aún riendo -. Si esto hubiese ocurrido hace unos pocos cientos de años, hubierais congregado aquí a todos los espíritus de las colinas, como un enjambre de abejas en junio.

- No creíamos estar haciendo nada malo - se excusó Dan.

-¡Malo! - el pequeño duende se estremeció de risa

Desde luego que no es nada malo. Habéis hecho algo por lo que los reyes, los caballeros y los sabios de los viejos tiempos hubiesen dado sus coronas, sus espuelas y sus libros por contemplarlo. Aunque el mismo Merlín os hubiese ayudado, no os podía haber salido mejor. Habéis destrozado el hechizo que pesaba sobre las colinas, las habéis despertado. Y eso no ocurría desde hace más de mil años.

- Nosotros..., no pretendíamos tanto - dijo Una.

- Claro que no. Precisamente, por eso lo lograsteis. Por desgracia hoy las colinas están deshabitadas y toda la gente que las poblaba ha desaparecido. Yo soy el único que permanezco en ellos. Soy Puck, el ser más viejo de Inglaterra y estoy a vuestro servicio..., en caso de que deseéis tener trato conmigo. Si no lo deseáis, no tenéis más que decirlo y desapareceré.

Miró a los niños y los niños a él durante más de medio minuto. No volvió a guiñar los ojos. Su mirada era amistosa y sus labios comenzaban a fruncirse en una sonrisa bondadosa.

Una extendió la mano:

- No te vayas - dijo - Nos gustas.

- Toma una *Bath Oliver* - añadió Dan.

Le ofreció el envoltorio, un tanto aplastado, de los huevos.

-¡Por todos los robles, fresnos y espinos...! - exclamó Puck, quitándose el gorro azul -. También me gustáis vosotros. Ponme un poco de sal en la galleta, Dan, y me la comeré contigo. Te demostraré qué clase de persona soy. Algunos de nosotros - continuó, con la boca llena -, no pueden tolerar la sal ni las herraduras de caballo en las puertas ni el fruto del fresno silvestre ni las corrientes de agua ni la frialdad del hierro ni el tañido de las campanas de las iglesias. Pero yo soy Puck.

Se sacudió con cuidado las migajas caídas sobre su jubón y se restregó las manos.

- Dan y yo siempre hemos pensado que si alguna vez nos ocurría, hubiésemos sabido exactamente qué hacer... pero ahora, ahora todo parece diferente.

- Quiere decir en el caso de encontrarnos con un hada - aclaró Dan -. Yo nunca he creído en ellas, al menos desde que cumplí los seis años.

- Yo tampoco - afirmó Una -. Creía en ellas a medias hasta que aprendimos *Adiós recompensas.* ¿Conoces *Adiós recompensas y hechizos?***,**

-¿Te refieres a esto? - preguntó Puck.

Echó hacia atrás su poderosa cabeza y comenzó por el segundo verso:

Las buenas comadres bien pueden decir,

ahora que las sucias paz puercas

medran como ellas en las vaquerías

y encima ni sus hogares limpian,

(Se unió la voz de Una)

como era costumbre que hiciesen las chicas,

¿ quién últimamente guarda seis peniques

en su zapato para mantener la limpieza?

Los ecos aletearon a lo largo del círculo en la pradera.

- Claro que lo sé - dijo.

- Y ahora viene el verso acerca de la danza - terció Dan -. Cuando era pequeño me hacía sentir mal por dentro.

Te refieres a lo de «presenciad estos anillos de danzas circulares»?

Puck bramó con voz potente como un órgano de iglesia:

A aquellos que aún existen

les salieron los cascos en tiempos de la Reina María,

en gran número de praderios herbosos.

Pero desde el reinado de Elisabeth

y más tarde cuando James llegó,

jamás se han vuelto a ver en los hogares,

como en otros tiempos ocurría.

- Ha pasado mucho tiempo desde que oí cantarlo por última vez, pero no viene a cuento discutirlo ahora: es cierto. Las gentes de las colinas se han ido. Yo las vi llegar a la vieja Inglaterra y las vi marcharse. Gigantes, gnomos, espíritus malignos del agua, espíritus benévolos del hogar, duendes, trasgos, espíritus de los bosques, de los árboles, de la tierra, del agua, guardianes de tesoros, buenas gentes, gentes sin importancia, jinetes nocturnos, leprosos, chichirinadas**,** hechiceros, hombres de los brezales, oteadores de las colinas, adivinos y todos los demás, desaparecidos. Yo llegué a Inglaterra con el roble, el fresno y el espino y cuando el roble, el fresno y el espino desaparezcan, me iré con ellos.

Dan miró alrededor del herbazal: al roble de Una, junto al portón pequeño, a la hilera de alisos que se inclinaban sobre la charca de la nutria, donde el canal remansaba sus aguas cuando el molino no las necesitaba y al viejo y retorcido espino blanco en el que las tres vacas solían rascarse el cuello.

- Todo va bien - dijo. Y añadió -: Este otoño voy a plantar bellotas en una parcela.

- Pero, ¿no eres terriblemente viejo para eso? - inquirió Una.

- Viejo, no. Sólo hombre de vida bastante larga, como decía la gente de estos contornos. Mirad, mis amigos solían convidarme a un vaso de leche las noches en que Stonehenge era aún nuevo. Sí, antes de que el hombre de piedra hiciera Dewpond bajo el recinto de Chanctonbury.

Una unió sus manos y exclamó:

- Oh...

E hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

- Ha pensado en un plan - explicó Dan -. Siempre hace el mismo gesto cuando tiene un plan.

- Estaba pensando... Supón que guardamos parte de nuestro porridge y lo dejamos en el ático para ti. Se darían cuenta si lo dejásemos en el cuarto de jugar.

- En el cuarto de estudio - corrigió Dan, con rapidez.

Y Una se sonrojó porque ambos habían llegado aquel verano a un acuerdo solemne de no llamar nunca más al cuarto de estudio cuarto de jugar.

-¡Bendito sea tu corazón de oro.;.! - contestó Puck -. Tu serás una hermosa muchacha muy a tener en cuenta en los días de mercado. No necesito que me guardéis un tazón para desayunar, pero si alguna vez tengo hambre, estad seguros de que os lo diré.

Se extendió tan largo como era sobre la hierba seca y los chicos se tumbaron junto a él, haciendo oscilar con felicidad sus piernas desnudas en el aire. Sabían que de aquel duende no temer nada peor de lo que cabía esperar de su particular amigo, el viejo Hobden, el podador de setos. No les molestaba con preguntas propias de personas mayores ni se reía de la cabeza de asno, sino que se reclinaba en el suelo y sonreía para sí de la manera más delicada.

-¿Tenéis un cuchillo a mano? - preguntó, al fin.

Dan le entregó su gran cuchillo para excursiones de una sola hoja y Puck comenzó a cortar un pedazo de turba del centro de la pradera.

-¿Por qué haces eso? ¿Magia? - preguntó Una, mientras él presionaba con las manos un rectángulo de marga achocolatada, como si se tratase de un queso.

- Es una de mis pequeñas magias, sí - contestó, cortando un trozo mas -. Mirad, no puedo permitir vuestra entrada en las colinas porque la gente que las habitaba ya no está aquí. Pero, si me aceptáis «la toma», aprenderéis algo que ya no se estila en el mundo de los humanos.

-¿Qué es eso de aceptar «la toma»? - preguntó Dan con cautela m

- Es una vieja costumbre que practicaba la gente cuando compraba y vendía tierra. Cortaban un terrón del suelo y se lo entregaban al comprador, de modo que uno no era propietario legal de esa tierra (en realidad, no le pertenecía), hasta que el otro le diese un pedazo de ella, como éste.

Les ofreció la turba en su mano.

- Pero se trata de nuestro prado - protestó Dan, retrocediendo unos pasos -. ¿Pretendes convertirlo en un lugar hechizado?

Puck rió:

- Ya sé que el herbazal es vuestro, pero hay en el mundo más de lo que vosotros y vuestro padre podéis imaginar. Probad. Volvió la mirada hacia Una.

- Yo lo haré - dijo.

Y Dan en seguida siguió el ejemplo de su hermana.

- Ahora sois ya propietarios legales y con dominio sobre toda la vieja Inglaterra - comenzó Puck, con voz canturreante -. Por privilegio del roble, del fresno y del espino, sois libres de ir y venir, de mirar y conocer lo que yo os muestre o lo que mejor os plazca. Veréis lo que deseéis y oiréis lo que queráis escuchar, aunque todo ello haya ocurrido hace

tres mil años; no conoceréis el temor ni la duda. ¡ Rápido! Agarrad con fuerza todo lo que os concedo.

Los niños cerraron los ojos, pero no ocurrió nada.

- Bueno - dijo Una, desilusionada, abriendo de nuevo los ojos -. Pensé que habría dragones.

- Aunque haya ocurrido hace tres mil años - repitió Puck, y contó con los dedos. Comentó -: No; me temo que hace tres mil años no existían los dragones.

- Pero aquí no ha pasado nada en absoluto protestó Dan.

- Espera un poco - replicó Puck -. No crece un roble en un año y la vieja Inglaterra es más vieja que veinte robles. Vamos a sentarnos de nuevo y a pensar. Puedo estar pensando más de un siglo.

- Ah, claro, porque eres un duende.

-¿Me has oído acaso pronunciar esa palabra? - inquirió con viveza Puck.

- No. Has hablado acerca de la gente de las colinas, pero nunca has dicho duende - dijo Una -. Y me extraña que no lo hayas hecho. ¿No te gusta?

-¿Te agradaría a ti que te llamasen mortal o ser humano, continuamente? - replicó Puck -. ¿ O hija de Adán o hija de Eva?

- No nos gustaría nada contestó Dan -. Así es como llaman los yinn y los ifrits en Las mil y una noches.

- Pues lo mismo pienso yo al oír esa palabra que no digo. Además eso que vosotros designáis con esas palabrejas son cosas inventadas de las que los habitantes de las colinas nunca oyeron llamar, pequeños. Moscas zumbantes con alas de mariposa, sayuelos de gasa, estrellas brillantes en los cabellos y una varita mágica como la regleta de los maestros de escuela, cuyo fin es castigar a los chicos malos y premiar a los buenos. Yo también las conozco.

- No nos referíamos a esas cosas - aclaró Dan -. Nosotros también las odiamos.

- Exacto - dijo Puck -. ¿Os extraña que a los habitantes de las colinas les tuviese sin cuidado que pretendieran confundirlos y calentarles la cabeza comparándolos con aquella partida de impostores de alas pintadas y varitas oscilantes? ¡Alas de mariposa, nada menos...! Yo he visto partir a sir Huon y a un puñado de su gente del castillo de Tintagel hacia Hy-Brasil, ante la inminencia de un temporal del sudeste que hacía volar la espuma por encima del castillo y desbocaba a los caballos de las colinas de puro miedo. Salieron en un instante de calma, gritando como gaviotas y fueron arrastrados cinco millas largas tierra

Librodot

adentro, antes de que pudiesen ofrecer resistencia al viento. ¡Alas de mariposa...! Fue pura magia; sólo una magia tan negra como la de Merlín pudo hacerlo. Y todo el mar se tiñó de verde y fuego y las sirenas cantaban sobre la espuma. Los caballos de las colinas siguieron su camino de una a otra ola, a la luz cegadora de los relámpagos. ¡ Así era como sucedían las cosas en los viejos tiempos!

- Estupendo - dijo Dan.

Una se puso a temblar.

- Me alegro de que los habitantes se hayan ido. Pero, ¿qué fue lo que les hizo huir?

- Varias cosas, ya os contaré algún día la más importante, la que provocó la huida de todos - dijo Puck -. Sin embargo, no todos huyeron a la vez. Se fueron marchando uno a uno durante siglos. La mayor parte de ellos eran extranjeros que no podían aguantar nuestro clima. Esos fueron los primeros en huir.

-¿Hace mucho tiempo?

- Unos dos mil años o quizá más. La verdad es que se instalaron en calidad de dioses. Los fenicios trajeron algunos cuando venían a comprar hierro; y los galos, los jutos, los daneses, los frisios y los anglos trajeron muchos más al desembarcar aquí. En aquellos tiempos siempre había gente desembarcando **o** siendo rechazada de nuevo a sus naves y todos traían consigo a sus dioses. Entonces yo empecé a actuar como pienso seguir haciéndolo. Un plato de porridge, un tazón de leche y un rato de bromas inocentes con las gentes de los campos que encontraba en los caminos, era suficiente para mí, como lo sigue siendo ahora. Pertenezco a estas tierras, ¿comprendéis?, y durante toda mi vida he tratado con la gente. Pero la mayor parte de aquellos hombres insistían en que eran dioses y hasta tenían templos dedicados a ellos y altares y sacerdotes que les ofrecían sacrificios.

-¿Es verdad que quemaban a la gente en cestos de mimbre, como afirma la señorita Blake? - preguntó Dan.

- Se realizaban toda clase de sacrificios - contestó Puck -. Si no eran de hombres, eran de caballos, ovejas, cerdos o Metheehn, es decir, de una cerveza pegajosa y dulzona que jamás me gustó. Aquellos tipos formaban una extravagante familia de ídolos altivos. ¿Y cuál fue el resultado? A los hombres no les agradaba la perspectiva de ser sacrificados en los mejores años de sus vidas y tampoco les seducía la idea de ver morir a los caballos de sus granjas. Y al cabo de algún tiempo, la gente optó simplemente por prescindir de aquellos tipos viejos, y los techos de sus templos comenzaron a hundirse y los presuntos dioses tuvieron que largase para encontrar un trabajo que les permitiese vivir. Algunos de ellos decidieron colgarse de un árbol u ocultarse en sus tumbas y gemir por las noches. Si gemían prolongadamente y con voz poderosa, podían asustar a algún pobre campesino para que les sacrificara una gallina o les dejara un cuarto de kilo de mantequilla junto a ellos. Recuerdo que una diosa, llamada Belisana, se convirtió en espíritu de las aguas y andaba siempre húmeda en algún lugar de Lancashire. Varios centenares de ellos eran amigos

míos. Primero fueron dioses, después gentes de las colinas, y por fin marcharon a otros lugares, porque por una razón u otra no congeniaban con los ingleses. Que yo sepa, sólo quedó una de aquellas reliquias que se ganó la vida con un trabajo honesto cuando se integró en este mundo. Se llamaba Weland y trabajaba como herrero para algunos dioses. He olvidado sus nombres, pero acostumbraba hacerles espadas y lanzas. Recuerdo que solía manifestar su parentesco con el Thor de los escandinavos.

¿Los héroes de Asgard Thor?- preguntó Una que había leído el libro.

- Es posible contestó Puck -. Sea como fuere, cuando llegaron los malos tiempos, ni robó ni mendigó. Trabajó y yo tuve la fortuna de poder hacerle un buen servicio.

Cuéntanoslo - pidió Dan -. Me gusta oír cosas de la gente antigua.

Se arrellanaron sobre el suelo para ponerse cómodos, masticando cada uno de ellos un tallo de hierba. Puck se apoyó sobre uno de sus fuertes brazos y siguió:

- Dejadme pensar... Conocí a Weland una tarde de otoño, en los llanos de Pevensey, mientras caía una tormenta de granizo y nieve.

-¿Pevensey? ¿Al otro lado de la colina? - preguntó Dan, señalando hacia el sur.

- Sí, pero en aquellos días todas las tierras al norte de Horsebridge y de Hydeneye eran un lapachar insano. Yo estaba en la colina de la torre de señales (entonces se llamaba Brunanburg), cuando vi el resplandor de las pálidas llamas que producen las bardas al arder y descendí para echar un vistazo. Unos piratas (imagino que debía tratarse de los hombres de Peofn)**,** estaban quemando un pueblo de la llanura, y la silueta de Weland - una forma grande y oscura, con abalorios de ámbar alrededor del cuello, surgía de la proa de una nave negra de treinta y dos remos que había varado en la playa. Hacía mucho frío. De la cubierta de la nave pendían carámbanos de hielo, los remos aparecían cubiertos por una brillante capa resbaladiza y los labios de Weland parecían tiritar. Cuando me vio, comenzó a cantar en su lengua nativa, anunciando que iba a gobernar en Inglaterra y que pronto oleríamos todos al humo de sus altares, desde Lincolnshire a la isla de Wight. No le di demasiada importancia. Había visto muchos dioses asaltando a la vieja Inglaterra para inquietarme por aquello. Le dejé cantar mientras sus hombres prendían fuego al pueblo y después me dirigí a él (no sé cómo me vino aquello a la cabeza) y le dije:

«Herrero de los dioses, llegará el día en que habré de verte por los caminos ofreciendo los servicios de tu profesión, a cambio de dinero.»

-¿Y qué dijo Weland? - preguntó Una -. ¿Se enfadó?

- Me insultó y puso los ojos en blanco. Yo salí corriendo a despertar a las gentes de tierra adentro. Pero los' piratas conquistaron el país, y durante siglos Weland fue el más importante de los dioses. Tenía templos en todos sitios, desde Lincolnshire a la isla de Wight, como había anunciado, y los sacrificios que se le ofrendaban eran absolutamente

escandalosos. Para hacerle justicia, hay que decir que prefería los caballos a los hombres; pero hombres o caballos, yo sabía que en su momento tendría que bajar a este mundo y, al igual que a los otros viejos personajes, le di mucho tiempo, de hecho, más de mil años. Así que cuando llegó el final de su plazo, me presenté en uno de sus templos cercano a Andover para comprobar cómo le iban las cosas. Allí estaba el altar con su imagen, allí estaban sus oficiantes y su congregación y todos semejaban ser felices, excepto el propio Weland y sus sacerdotes. Cuando comenzó la función religiosa, un sacerdote se abalanzó sobre los fieles, arrastró a un hombre hasta el altar, fingió golpearle en la cabeza con una pequeña hacha dorada y el hombre se dejó caer al suelo como si estuviese muerto. Entonces gritaron todos: «¡Un sacrificio a Weland, un sacrificio a Weland!»

-¿Estaba el hombre muerto de verdad? - inquirió Una.

- No, en absoluto. Todo era tan irreal como un té en una casa de muñecas. Después sacaron un espléndido caballo blanco y el oficiante le cortó algunas cerdas de la crin y de la cola y las quemó ante el altar, gritando: «Un sacrificio.» Aquello equivalía a la muerte de un animal o de un hombre. A través del humo, observé el rostro del pobre Weland y no pude evitar la risa. Parecía disgustado y hambriento, y todo lo que disponía para su satisfacción era el repugnante hedor de crines quemadas. ¡Igual que una reunión de té cuando jugáis a las muñecas...! Juzgué oportuno no decir nada (no hubiese sido decente), y la vez siguiente que fui a Andover, unos centenares de años más tarde, Weland y su templo habían desaparecido y en su lugar se habían instalado un obispo y una iglesia cristiana. Ninguno de los habitantes de las colinas supo darme noticias de él y supuse que había' abandonado Inglaterra.

Puck dio media vuelta, se apoyó en el otro codo y quedó pensativo durante largo rato:

- Vamos a ver... - dijo, al fin -. Debió ser pocos años más tarde (creo que un año o dos antes de la Conquista) cuando regresé aquí, a la colina de Pook, y una tarde oí que el viejo Hobden hablaba acerca del vado de Weland.

- Si te refieres al viejo Hobden, el podador de setos, sólo tiene setenta y dos años. Me lo dijo él mismo - afirmó Dan -. Es nuestro íntimo amigo.

- Tienes razón - convino Puck -. Me refería al tatarabuelo de hace nueve generaciones del viejo Hobden. Era un hombre libre y hacía carbón vegetal en estos alrededores. He conocido a la familia, de padre a hijo, durante tanto tiempo que a veces me confundo. Hob de Dene era el nombre de mi Hobden y vivía en una cabaña, junto a la herrería. Como es lógico, agucé el oído cuando mencionó el nombre de Weland, y en cuanto pude, me escabullí, corrí entre los árboles hasta llegar al vado, más allá del bosque de turba.

Señaló con la cabeza hacia el oeste, donde el valle se estrechaba entre las laderas arboladas de las colinas y los empinados campos de lúpulo.

- Ahí está el puente de Willinford - dijo Una -. Con frecuencia, vamos allí a paseo. Hay un martín-pescador.

- Entonces el lugar se llamaba vado de Weland, querida. Un camino bajaba a él desde la torre de señales de la cumbre de la colina (por cierto, era un pésimo camino), y toda la ladera estaba cubierta por un bosque de robles espeso, muy espeso, poblado de gamos. No encontré ni rastro de Weland. Pero, de pronto, distinguí a un granjero, gordo y viejo, que bajaba a caballo desde la torre, bajo la verde frondosidad del bosque. Su caballo había perdido una herradura en la tierra arcillosa, y cuando llegó al vado, desmontó, extrajo un penique de su bolsillo, lo dejó sobre una piedra, ató el caballo a un roble y gritó: « ¡Herrero, herrero, hay trabajo para ti! » Después, se sentó y quedó dormido. Podéis imaginar lo que sentí cuando apareció un anciano herrero, de larga barba blanca y espalda encorvada, vestido con un delantal de cuero, deslizándose por detrás del roble, dispuesto a herrar el caballo. Era Weland en persona. Quedé atónito, me presenté ante él y dije: «¿Qué estás haciendo en el mundo de los humanos, Weland? »

- Pobre Weland - suspiró Una.

- Se quitó con la mano el cabello que le cubría la frente y tardó algunos segundos en reconocerme. Después, dijo: «Tú debieras saberlo. Me lo profetizaste, viejo duende. Estoy herrando caballos por dinero. Ni siquiera soy ya Weland - añadió -. Me llaman Wayland Smith »

-¡Pobre hombre! - exclamó Dan -. ¿Y qué le dijiste?

-¿Qué podía decirle? Me miró sosteniendo la pata del caballo sobre su regazo y replicó sonriente: « ¿ Recuerdas aquellos viejos tiempos en los que no hubiese aceptado este viejo saco de huesos ni en calidad de sacrificio? Ahora tengo que contentarme con herrarlo por un penique. » « ¿ No hay manera de que puedas regresar a Valhalla o al lugar de donde procedas? », le pregunté. «Temo que no», dijo, mientras limaba uno de los cascos. Tenía una maravillosa habilidad para tratar con los caballos. El viejo animal relinchaba sobre su hombro. «Sin duda recuerdas que no fui un dios complaciente en mis días, en mi tiempo y en mi poder. Y nunca seré liberado hasta que algún ser humano albergue hacia mí deseos sinceros le que sea feliz.» «Este granjero -repliqué- no puede dejar de sentirlos. Le estás herrando el caballo, ¿no?» «Sí. Y mis clavos mantendrán firmes las herraduras de una luna llena a otra. Pero tanto los granjeros como el barro de Weald, son en extremo fríos y amargos.» ¿Queréis creer que cuando el granjero despertó y se encontró con el caballo herrado montó el animal y se marchó sin pronunciar una palabra de agradecimiento? Me dio tanta rabia, que obligué al penco a dar media vuelta y lo llevé por las riendas, durante tres millas, hacia la torre de señales para que aquel viejo pecador aprendiese un poco de educación.

-¿Te hiciste invisible? - preguntó Una.

Puck asintió con la cabeza.

- La torre de señales en aquellos días estaba siempre dispuesta para ser encendida, en caso de que los franceses desembarcasen en Pevensey, y yo conduje al caballo alrededor de ella durante toda la noche de verano. El granjero creía que estaba hechizado (ciertamente,

lo estaba), y comenzó a rezar y a gritar. No le hice el menor caso. Yo era tan buen cristiano como él conocedor de los poderes maravillosos de las colinas, y a eso de las cuatro de la madrugada, se acercó a nosotros un joven novicio del monasterio que entonces había en la cumbre de la colina de la torre de señales.

-¿Qué es un novicio? - preguntó Dan.

- En realidad, se trata de un hombre que está aprendiendo a ser monje. Pero, en aquellos días, la gente enviaba a sus hijos a los monasterios como ahora se les manda a la escuela. Aquel jovenzuelo iba a pasar unos meses, desde hacía años, a un monasterio de Francia, y estaba acabando sus estudios en el convento más próximo a su casa. Se llamaba Hugh y se había levantado temprano para ir a pescar. Hugh oyó los gritos del granjero y preguntó qué diablos le ocurría. Y el viejo le contó una increíble historia de hadas, gnomos y brujas, cuando a mí me constaba que aquella noche no había visto nada, excepto algún conejo y unos venados castaños. (Los habitantes de las colinas son como las nutrias, sólo se dejan ver cuando a ellos les place.) Pero el novicio no era ningún' tonto. Observó las patas del caballo y se dio cuenta de que sólo Weland era capaz de herrar con tal firmeza a un caballo. (Weland tenía un modo especial de doblar los clavos sobre el casco que la gente conocía como el *remache* del herrero.) «Hum - exclamó el novicio -, ¿Dónde te han herrado el caballo? » Al principio, el granjero no quiso decir nada, porque a los monjes no les gustaba que los fieles tuviesen trato con un viejo hechicero. Pero, al final, confesó que se lo había herrado Wayland Smith. « ¿Cuánto le has pagado?», preguntó el novicio. «Un penique», contestó el granjero, de mala gana. «Eso es menos de lo que un cristiano te hubiese pedido. Espero que, al menos, le hayas compensado la molestia, dándole las gracias.» «No - dijo el granjero -. Wayland Smith es un pagano.» «Pagano o no, le pediste ayuda, y a quien te presta ayuda, hay que darle las gracias.» « ¿Qué dices?», exclamó el granjero, fuera de sí. Estaba furioso porque yo obligaba a su caballo a describir círculos continuamente. «Cállate, mequetrefe. Si obrase como tú dices, también tendría que dar las gracias a Satanás, en caso de que me ayudase.» «Deja de dar vueltas ahí arriba, mientras me llenas de improperios. Regresa al vado y da las gracias a Smith o te pesará no haberlo hecho.» El granjero tuvo que desandar su camino. Yo conduje el caballo sin que nadie pudiese verme y el novicio caminó a nuestro lado, recogiendo el brillante rocío con los bajos de su hábito y con la caña de pescar al hombro como si se tratara de una lanza. Cuando de nuevo llegamos al vado (eran las cinco de la mañana y aún había neblinas bajo el ramaje de los robles), el granjero se negó taxativamente a decir «gracias». Afirmó que comunicaría al abad que el novicio le obligaba a adorar dioses paganos. Entonces, Hugh, el novicio, perdió la paciencia y le gritó: «Abajo.» Puso un brazo bajo la gruesa pierna del granjero y lo sacudió como a una rata, hasta que el viejo comenzó a vociferar: «Gracias, Wayland Smith.»

-¿Vio Weland todo esto?

- Oh, sí, lo oyó todo y hasta lanzó su grito de guerra cuando el granjero se desplomó al suelo. Estaba encantado. Y el novicio se dirigió al roble tras el que Weland se ocultaba y le dijo: « ¡Salve, herrero de los dioses! Estoy avergonzado de este granjero maleducado. Por todo lo que has hecho en nombre de la caridad y de la benevolencia, tanto a él como a otras gentes de nuestro pueblo, te doy las gracias y te deseo el mismo bien que has realizado.»

Entonces tomó la caña de pescar (me pareció más larga que nunca) y comenzó a andar hacia el fondo del valle.

-¿Y qué hizo el pobre Weland? - preguntó Una.

- Rió y lloró de alegría, porque, al fin, había sido liberado y podía irse. Pero era un viejo dios honrado. Había vivido de su trabajo y pagó todas sus deudas antes de marchar. «Le haré un regalo a este novicio - me confesó -. Un regalo con el que podrá practicar el bien a lo largo y ancho del mundo y del que también se beneficiará Inglaterra. Enciende mi fuego, duende, mientras voy a buscar el hierro para hacer mi último trabajo.» Hizo una espada, gris oscura, con dibujos lineales curvilíneos, y yo soplaba el fuego, mientras él le daba al martillo. ¡Os lo juro por el roble, el fresno y el espino...! Weland era, en verdad, el herrero de los dioses. Enfrió la espada en agua corriente dos veces, y la tercera vez la dejó secar en el rocío del atardecer. Luego, al quedar expuesta a los rayos de la luna, pronunció sobre ella encantos y oraciones y grabó profecías en su hoja. «Duende - me dijo -, ésta es la mejor hoja que Weland jamás templó. Ni siquiera su propietario sabrá lo buena que es. Vamos al monasterio.» Entramos en el dormitorio de los monjes, distinguimos al novicio durmiendo en su catre y Weland le colocó la espada entre sus manos. Recuerdo que aquel joven la apretó contra sí, sin despertar de su sueño. Después, Weland penetró en la capilla, hasta donde se atrevió a hacerlo, y arrojó al suelo todas sus herramientas de herrador, sus tenazas, sus martillos, sus escarpelos, para demostrar que había acabado con ellos para siempre. Sonaron al caer como piezas de armadura y los monjes, somnolientos, entraron en la capilla porque creían que el monasterio había sido atacado por los franceses. El novicio iba a la cabeza de todos, haciendo oscilar en el aire su nueva espada y lanzando gritos de guerra sajones. Cuando vieron las herramientas quedaron desconcertados, y el novicio pidió permiso para hablar y contó lo que había hecho con el granjero y lo que había dicho a WaylandSmith y cómo, a pesar de estar la antorcha del dormitorio encendida, se había encontrado con aquella maravillosa espada con inscripciones mágicas en sus manos. El abad meneó la cabeza y después se echó a reír. Dijo al novicio: «Hijo Hug, no necesitaba señal alguna por parte de un dios pagano para saber que nunca serás un monje. Toma tu espada, guárdala y haz con ella justicia en la misma medida en que eres fuerte y cortés. Colgaremos las herramientas de Smith ante el altar - añadió -, porque aun cuando haya sido el herrero de otros dioses de tiempos pasados, sabemos que trabajó con honestidad para ganarse la vida e hizo donativos a la Madre Iglesia.>; Volvieron todos a la cama de nuevo, a excepción del novicio, que se sentó en el claustro jugueteando con la espada. Más tarde, en el establo del monasterio, Weland me dijo: «Adiós, viejo duende: tienes derecho a ello. Tú me viste llegar a Inglaterra y ahora me ves marchar. Adiós.» Caminó colina abajo, en dirección a los grandes bosques (la cuna de los bosques, como hoy los llamáis), hacia el mismo lugar en el que había desembarcado por vez primera. Le oí avanzar durante unos minutos entre los espesos matorrales camino de Horsebridge y le perdí de vista. Así fue como ocurrieron las cosas. Yo lo vi.

Los dos niños exhalaron un hondo suspiro.

-¿Y qué ocurrió con Hugh, el novicio?

-¿Y qué fue de la espada?

Puck paseó la mirada por la pradera que se envolvía en calma y en frescor a la sombra de la colina de Pook. Un guión de codorniz hizo oír su voz en un campo de heno vecino, y los alevines de trucha del arroyo comenzaron a saltar. Un gran mariposón blanco voló zigzagueante desde los alisos, hizo sonar sus alas sobre las cabezas de los niños, y un ligero velo de niebla comenzó a alzarse sobre las aguas del riachuelo.

-¿De verdad queréis saberlo? - preguntó Puck.

- Sí - replicaron los niños -. Nos interesa mucho.

- Muy bien. Os prometí que ibais a ver lo que vais a ver y que ibais a oír lo que vais a oír. Lo que os voy a contar ocurrió hace tres mil años. Pero ahora se me antoja pensar que, a no ser que volváis a casa, saldrá alguien a buscaros. Os acompañaré hasta la puerta de vuestro jardín.

-¿Estarás aquí cuando volvamos? - preguntaron.

- Sí, estad seguros de eso contestó Puck -. Ya llevo por aquí algún tiempo. Esperad un minuto, por favor.

Les dio a cada uno tres hojas, una de roble, otra de fresno y una más de espino.

- Mordedlas - ordenó -. De otro modo, podríais hablar en casa de lo que habéis visto y oído, y si así ocurriese (conozco al género humano), llamarían al médico. Mordedlas.

Las mordieron con fuerza, y de pronto se encontraron los dos ante la puertecita del jardín. Su padre se apoyaba en ella:

-¿Cómo ha ido vuestra representación? - preguntó.

- Oh, estupendamente contestó Dan -. Lo malo es que después nos quedamos dormidos. Todo estaba en silencio y hacía calor. ¿Te acuerdas, Una?

Una asintió con la cabeza, sin pronunciar palabra.

- Ya - dijo el padre. Y recitó:

Tarde, muy tarde en el ocaso, Kilmeny regresó a casa,

pues Kilmeny no podía decir dónde había estado,

porque Kilmeny había visto lo que no se podía contar... „

- Pero, ¿por qué estás masticando hojas, a tu edad, hija? ¿Te divierte eso?

- No. Lo hago por algo concreto que no puedo recordar con exactitud.

Y ninguno de los dos pudo recordarlo hasta que...

CANCION DEL ARBOL

Entre todos los árboles bellos

que adornan la vieja Inglaterra,

los más esbeltos bajo el tibio sol,

el roble, el fresno y el espino son.

A los robles, al fresno y al espino

cantemos cuando llegue el estío

pues grandes son las cosas que obtenemos

del roble, del fresno y del espino.

El roble de la arcilla vivió años,

desde que Eneas se hizo a la mar;

el fresno de las margas era dueño

cuando Bruto 29 se hizo un criminal;

el espino el llano de Troya 30 vio,

y luego a Londres con su flor ornó:

roble, fresno y espino en igualdad

son testimonio de ancianidad.

El viejo tejo abriga cementerios

y proporciona arcos poderosos,

el aliso dio albarcas a la gente

y el haya de amplias copas fue la fuente.

Mas cuando la copa se abre en grietas

o el pie en el calzado encuentra queja,

hay que volver para cuanto es preciso

a los robles, al fresno y al espino.

El olmo odia al hombre y siempre espera

a que el desordenado vendaval

parta una rama en plena cabeza

del que a su sombra cobijado está.

Pero cualquier muchacho alegre o triste,

amodorrado o no por la cerveza,

nada debe temer si está dormido

bajo un roble, un fresno o un espino.

Callad al cura donde habéis estado

porque siempre os dirá que habéis pecado

por estar en el bosque por la noche,

inmersos en conjuros del verano;

pero os traemos hoy noticias frescas,

buenas nuevas al campo y al ganado:

desde el sur con tibio sol de estío,

llegan el roble, el fresno y el espino.

¡Cantad al roble, al fresno y al espino,

durante las mañanas del verano!

Inglaterra será fiel hasta el final

al fresno, al espino y robledal.